

D.F. por Siempre!

El Buen Tono De La Radio

“La radio afecta a la gente de forma muy íntima”.
Marshall McLuhan.

Por: José Alfonso Suárez del Real y Aguilera.

En un acto de civismo, los dueños de la próspera fábrica de cigarros de *El Buen Tono*, fundada por Dn Ernesto Pugibet, determinaron que el 23 de septiembre de cada año se conmemorara la apertura de su estación de radio, la *CYB*, inaugurada oficialmente el 14 de septiembre de 1923.

Ese día inició su andadura por las ondas hertzianas *La B Grande de México*, pionera del cuadrante de la radio, y excepcional curadora de una veta fundamental del patrimonio radiofónico de nuestro país.

La visión de los herederos de Pugibet les llevó a crear la primera estación de radio comercial en la calle del Buen Tono número 8, cuyas instalaciones pronto se vieron enriquecidas con amplios estudios en los que se presentaban espectáculos artísticos de enorme popularidad para los habitantes de la Ciudad.

Bajo uno de los lemas “más redondos” de la publicidad mexicana, la *CYB* se anunciaba como “*El Buen Tono de la Radio*”, promoviendo el nombre de la fábrica propietaria de la estación, en consonancia con las emisiones radiofónicas que, a partir de 1923, se convirtieron en compañeras imprescindibles de miles de hogares a lo largo y ancho de nuestro país.

En 1929, con el país convulsionado por *La Cristiada*, la fue designada a la estación la clave con la que ha llegado hasta nuestra época, la *XEB*, cuya presencia radiofónica nos remite a voces entrañables y al imaginario colectivo que siguió, durante décadas, el devenir de la Nación y del mundo a través de sus espacios noticiosos, aderezados de las expresiones musicales más profundas y añoradas de nuestra música vernácula.

Desde sus estudios, el cuadro dramático de “*Eugenia Torres*” recreó en las voces de actrices de la talla de Pura Córdoba o Virginia Fábregas a entrañables heroínas que llenaron las tardes dominicales de nuestras abuelas y madres, con el popular programa “*Teatro del Aire*”, irrefutable antecedente de las radionovelas que en los años cincuenta llegaron a paralizar las actividades del país ante los desenlaces de las intrigantes tramas ideadas por reconocidos dramaturgos y publicistas.

Si los radioteatros forman parte de nuestra memoria, nuestro léxico se nutrió con el extraordinario vocabulario desplegado por cronistas, periodistas y dilectos conductores, como Jorge Marrón, el popular *Dr. I.Q.*, cuyo concurso semanal cautivó a los radioescuchas por décadas, como lo hicieron igualmente los programas *Picot*, en uno de los cuales se dio a conocer la inigualable voz de Pedro Infante, cuya presencia radiofónica es tan relevante como lo es su filmografía.

Para quienes crecimos formados e informados por la radio, a pesar de los enormes avances tecnológicos que nos ha tocado vivir, la premisa de McLuhan se mantiene inalterable, puesto que el poder de la voz y la música transmitida desde un aparato, recrea, de forma íntima, el imaginario auditivo que estaciones memorables como *“La B Grande de México”*, forjó en nuestra memoria.